

ALBERTO
RUBIO

LA
GREDA
VASIJA

L A G R E D A V A S I J A

ALBERTO RUBIO

**LA GREDADA
VASIJA**

SANTIAGO DE CHILE
1 9 5 2

AUTORRETRATO RETROSPECTIVO HASTA BOSQUE

Un bosque de eucaliptos me recuerda,
un olor de eucaliptos me hace aire;
me recuerdo y me olvido hacia mi infancia.

Soy un niño y también soy el estero
que corre por el fondo.
Yo también me hago estero cuando niño.

Rumoreo entre piedras.
De claro que me vuelvo,
en mí guardo los sauces,
y los sauces me llevan en corriente.

Y luego bajo el bosque
me tiendo hacia los sueños.
Voy durmiendo en raíces de los árboles,
voy subiendo soñando por los troncos,
con abiertas pupilas,
me hago fronda en la fronda de los árboles,
me briso entre las ramas,
me hago hojas, rumoreo,
y azuleo de cielo.

Un olor de eucaliptos me denuncia.
De pronto me hago el bosque entero.

MESA DEL ALBA

La mesa en la mañana me espera con su silla,
mas se sienta la ausencia familiar a la mesa.
La mesa en la mañana hasta mis ojos brilla,
cuando estoy frente a ella con mi sola cabeza.

Es una gota parda que brilla su rocío,
entre sillas que esperan todo el día pacientes.
Como un rayo de sol a calentar el frío,
un hombre al desayuno se lanza con sus dientes.

Sobre el pardo rocío que desayuno alienta,
es pájaro la lengua de este hombre sentado.
Y conversa con otro que a su lado se sienta,
y también como un rayo de sol sentado al lado.

Y así nace el gorjeo matinal de la casa.
¡A donde brilla un sol que es comedor brillante,
de la cocina vino la vaporosa taza,
desde el mismo horizonte con su día fragante!

EL CACTUS

Apretada la tierra en la greda vasija
ha tiempo que parió al esbelto cactus.

Cada día lo veo de mañana,
le llamo:— Fiel amigo, esbelto infatigable.

Entonces me obedece el cactus verde,
se adelgaza, se esbelta infatigable,
y yo le digo:— Amigo, amigo verde.

En las tardes parece que envejece.
Pero en cada mañana me lo dice:
—Yo soy verde y esbelto, esbelto infatigable,
leal amigo, reciente, madrugador, delgado.

Le vuelvo a llamar fiel, y él permanece
en la huída de los días.
—¡Anudador de días!— digo entonces.

Y él me junta los días, los engarza
en su esencia delgada.

Así yo tengo el tiempo vuelto cactus:
delgado, fiel amigo, esbelto infatigable,
madrugador, reciente, el joven siempre verde.

MUCHACHA CONTRA - SOL

Muchacha contra - sol, solar, dominadora.
Cielo propio tus ojos, rayos rubios tus brazos.
Lejano el sol de invierno te niega débilmente.
Batalladora rubia, brillando aquí en la tierra.

Sonrisa-resplandor, luz que ya es puro vuelo.
Vas vistiendo los árboles con luz propia y cercana.
Cabellos: mancha rubia de ese sol que eres tú:
sol brillante y terrestre, dominando en invierno.

Hasta la luz te alzas, luchadora del aire.
En tu puro sol rubio al fin te alcanzas propia.
Alegre luchadora, amarilla terrestre.

Amarillo de invierno, brillas el sol lejano.
Lo combates amante, brillando aquí en la tierra.
Sonrisa-resplandor que en el vuelo te alcanzas.

EL ALMUERZO

El almuerzo zapallo nos denuncia.
Su esencia nos traspasa, y en éxtasis quedamos.
Heridos y dorados los zapallos,
abren su corazón a un zapallo apetito.
Sus brazos son vapores aromados
desplegándose al aire.
Los zapallos invitan, heridos y dorados.
El aire se derrite de apetito.
Infinito me vuelvo, denunciado
de esencia zapallera, almorzador zapallo.

SEÑORIALES SEÑORAS

¡Alto departamento que brilla allá en los cielos!
Los balcones se asoman, silenciosos y solos,
y más adentro de ellos las señoras conversan,
sentadas mutuamente, señoriales y altas.

Un silencio de alfombra se cierne en los balcones.
Las señoras conversan, delgadas y peinadas,
en el alto salón del departamento alto.
Un silencio de felpa se pega en las murallas.

Las sillas son delgadas, y altos los respaldos,
los peinados son largos, débiles y aristocráticos.
Una criada entra con blandas zapatillas,
y sube cafetera fragante entre las damas.

Un silencio de alfombra se cierne en los balcones.
Las murallas de felpa crecen altamente,
y en el alto salón del departamento alto
las señoras conversan cambiando felpas altas.

LOS PERROS DEL CREPÚSCULO

¡Los perros vagabundos de las calles,
las nubes desasidas del crepúsculo,
los grises arreboles caminantes!
Cuando todo se junta por el mundo,
la luz al horizonte,
los hombres en las calles,
las calles en esquinas,
los perros vagabundos
desparraman la tarde.
¡Son nubes desasidas del crepúsculo,
son grises arreboles de la tierra!
¿Qué amos los olvidan?
¿Qué nubes los apagan?
¿Hacia dónde caminan?

Los perros y las perras son las nubes
que se encienden por fin al encontrarse.
Van juntos al crepúsculo marchando,
como oliendo las nubes arreboles,
como oliendo las carnes de nubes arreboles
para calmar el hambre.

Y así los perros de la tarde vagan,
las nubes desasidas de este mundo.
Se prolongan al fondo de las calles,

husmeando el color de nubes rojas,
añorando la carne del crepúsculo.

SALÓN

En el rojo salón que hay en mi casa
me siento con mi amada y con las horas.
Las cortinas se caen de incoloras,
y entretanto la luz, pasa que pasa.

El espejo nos dobla y nos traspasa,
y la alfombra silencia las motoras
narices que solapan volcadoras
respiraciones de amorosa gasa.

En frente de nosotros, la escalera
se sube en sus peldaños hasta arriba.
La ampolleta, abrochándonos sujetos,

con sus pasos de luz se baja, esfera
colgada y amarilla hasta ser viva,
a donde nuestros pies se quedan quietos.

MOSQUERÍO

Entro mosco a la pieza de mi hermana,
quien abre la ventana,
y así entran las moscas diminutas.

Mi hermana es una mosca grandecita,
y cosiendo volando sigue máquinas rutas.
Mi madre allá a lo lejos un nacimiento grita,

y entra por la abertura mi hermana, mosca grande,
y crece por su pieza, y a máquina se expande.
Y comienzo a entrar yo. ¡Mi sangre mosca
grandota por las venas se me enrosca!

RETRATO DE UN VIEJO

Vaciador de tu cara aquí en el vino,
derrochador de labios de experiencia,
necesitas la madre de la ciencia
para el goce frutal de tu camino.

Surcador de tu cara en caminatas
que a nada te llevaron, ahora aprendes
la senda verdadera entre las patas
animales que tú a este sol enciendes,

porque aprovechas bien el trajín sabio
de la vida que llévate, arrugada
de ser la bestia dulce hasta tu labio,

la sabia yegua nunca estacionada
que aprovecha la hierba de la senda
a trago bebedor, suelta la rienda.

LA VENTANA

De pronto he abierto la ventana.
El mediodía entero entró por ella.
Entróse el canto de los pájaros:
me cantaron las venas pajareando.
Entróse el cielo azul, entróse el cielo
y los aires que en vuelo lo traían.
Entróse el mundo entero.

El azul irrumpió entre mi cabeza,
y los aires a mí aún me volaban;
yo comencé a cantar pájaramente.
También me hice ventana.
Y entrándome este cielo hasta la puerta,
me salía volándome a los cielos.
Pajareando me fuí, cantando aéreo.

TIERRA

Te van reconociendo, amándote tendida,
si a tropezones te hallo, mis besos compañeros.
Abrupta tierra, antigua, mía, reconocida,
si doy pasos en falso serán los verdaderos.

Si por quererte tanto me cayera seguido
tropezando tus brazos, perdóname, mi tierra:
es que hace tanto tiempo que te cargo al olvido,
que mi hueso cayéndose con tu hueso se emperra.

Mas con besos burlados tu cuerpo se me pierde,
porque tú lo falseas, abrupta tierra, antigua,
hundido de sorpresas, con una hierba verde,
con hierba verdadera que nos anda contigo.

Fieles ansiosamente, reconocidos bríos
hacia ti desembocan, tropezando sus besos.
Serán tuyas verdades tus falseamientos míos,
tus besos tropezones, mis abruptos tropiezos.

EL CEPILLO

Ando sucio buscando
el cepillo en mi pieza.
Me lo encuentro en la mesa
negramente brillando.

Hasta él me aproximo
con mano, con recelo:
¡por temerle a su pelo,
yo le hiciera algún mimo!

Parece un animal
dado vuelta de espaldas
que allí en los bordes gualdas
me erizara su mal.

De tan quieto, no le huyo:
por la espalda lo cojo,
y en mis dedos enojo
algún rasguño suyo.

Su hosco erizamiento
se me torna amigable:
¡le digo que me hable
si tiene sentimiento!

Fuertemente lo paso
por mi asombrado traje:
se revuelve en raspaje,
y al fin lo dejo raso.

Y al salir de la pieza,
limpiamente lo olvido:
¡si lo viera, vencido
recordarme en la mesa
con su humana cabeza!

RETRATO DE UNA NIÑA

 Mi corazón se siente oblicuo ante esta niña.
Oblicuos son sus ojos, oblicuas son sus cejas,
y su frente pequeña es un cuadrado oblicuo,
y aguda su barbilla, se ladea oblicuándose.

 Y viste un verde oblicuo, el verde de los ojos,
en dos alas oblicuas de mariposa oblicua.
Cuando levanta el viento, su vestido se alza
oblicuando los aires cuadradamente verdes.

 Los pómulos dorados le agudizan la cara,
ladeándola en exágono de ladeada tristeza.
Mi corazón se siente oblicuo ante esta niña,
se ladea dorándose, y verde, siente alas.

MURALLA POR CAERSE

Quien sostiene la calle últimamente,
esta nube de tierra del crepúsculo
que casi ya se cae de ser noche,
se sostiene en mi última mirada
que es último destello del ocaso.

Tanto tiempo que pesa sobre su hombro,
tanto cielo que en sus espaldas gira,
tanto viento que al fin calva la puso,
la vuelven a la tierra
hundiendo los crepúsculos y el cielo.

Esta nube de tierra que sostiene
por último la calle,
es la última nube del crepúsculo
que cansada de tiempo y de los días
se arrebola de tierra hacia la noche.

SANDIAL

Por un hondo camino me aproximo a la historia
que en la honda sandía me sangra frescamente.
Es como hacer alegre calado en la memoria
recordar a mi madre sandía hundidamente.

Y me hundo profuso en la roja sandía,
y a mi madre me encuentro, filial en el regazo,
sentada en el profundo y maduro mediodía:
¡todo en senos sandiales el verano le abrazo!

Bajo el cielo de paja que eleva el rancho de ella,
en aquella sandía la humedad se madura:
ahora siento la tierra húmedamente bella,
ese calor que ha abierto la sandía en frescura.

Allá donde el camino la memoria me cala,
le pregunto a mi madre cómo se llama ahora,
y entonces desconozco toda la fresca sala,
y escucho que el ramaje rumorea a deshora.

Yo le hago un calado a mi entero verano,
y es caminar por él, y húmedamente tierra
encontrarme a mi madre en el rancho lejano
madurada en frescura que, sandía, ¡se cierra!

RITO

Este rito misero cada día
me sorprende y me embarga.
La gente va y viene con su carga,
mas no deja la misa que tenía.

Necesario es tener alguna tía
perpetuamente larga
que nos teja el tejido que le encarga
la Eternidad, desde su sillería.

Y porque nuestra silla es la manteca
que se va derritiendo al sol llameante,
y porque nuestra vida es punto y peca

de la cara mortal, que es el momento
diminuto de un tiempo de gigante
donde la Eternidad toma su asiento.

EL CAMINO

Es el mismo camino que condujo mi infancia.
Aquí está el mismo cerco, allí las zarzamoras
llenándose de polvo, allí la piedra agreste,
y un niño fantasmal que eternamente sigue.

Y el cabello camino verdea con el sauce,
cayendo en hondonada sobre el pecho.

Es el mismo camino. Allí está el horizonte
viviendo de crepúsculo, siguiendo al mismo niño.
Allí la zarzamora cubriéndose de polvo,
mientras miran los álamos testigos en el cerco.

Es el mismo crepúsculo adonde marcha el niño.
Y más allá, la historia que comienza ahora...

¡COLMADO DE COMIDA REVOLCARME EN LA HIERBA!...

¡Colmado de comida revolcarme en la hierba
entre los vivos velos de este sol amarillo:
entrecerrar los ojos como en acabamiento
de luz maravillosa que palpa por los párpados!

¡Sentir la tierra en masa, en viva reciedumbre
palparme con su extensa existencia de vigor:
sentido acorralarme entre la luz y el suelo,
y sentir que el cielo es una bola verídica!

Entrecerrar los ojos como en acabamiento
de luz maravillosa que palpa por los párpados.
¡Y quedarme dormido entre la luz y el suelo,
palpablemente cierto, rotundamente vivo!

LA FILA DEL REGRESO

¡La tarde, qué elegante con sombrero arrebol,
es una alta señora con crepúsculo arriba!
¡Y aquí abajo, la fila del regreso esperando
ese trolei que viene con las nalgas sentadas!

Y los gordos sudores del regreso,
con paquetes de piedras de aburrimiento vivo,
se apelonan nalgos de cansancio
hacia asientos burlones que el trolei va riendo.

Temporal dentadura me escarbo con mi ocio,
y me boto las horas mañosas del juzgado,
los eternos sentarmes en nalgástica silla,
bajo la luz que cuelga suicidada.

Y el trolei ventanero cristalea sus dientes,
y entonces me dan ganas de escarbar con mi ira
los dientes de este trolei, y sacarle personas
mañosas a ellos mismos, que pasan por la calle.

¡Qué señora elegante esta tarde sentada
de nalgas de cansancio sobre el regreso gordo!
¡Si un crepúsculo lleva de sombrero allá arriba,
y aquí abajo, la ira, pisoteada, desfila!

DÍAS MÍOS

El abrirse una puerta en la mañana
me es la entrada de todos esos días
con tránsito vacío hasta mi lecho.

Donde anida el dolor con su llaga ventana
entran a socavarme las cabezas vacías,
cuando se abre la puerta de mi pecho.

Aunque sea mi hermana la que abre la puerta,
son ellos que penetran con sus pies de amargura,
con sus cabezas nadas y con su furia abierta,
derecho a inexisirme hasta mi hondura.

DURMIENDO JUNTO AL RÍO

Después de beber vino, durmiendo junto al río me quedé: y el sueño me corría vena a vena, y el vino vena a vena me soñaba.

La siesta se extendía en mi cabeza, me iba penetrando poco a poco, y con el cielo azul se entraba por mí sangre.

El río silencioso corría por mi lado. Y me fué despertando poco a poco, corriendo por mi sangre, soñándome la sangre vuelta vino.

Y me fuí con el río y con la siesta, y me fuí por el vino con la sangre, con el cielo me fuí hacia el horizonte.

El río últimamente destellaba: mi sangre enrojecía aquel poniente, y con el vino en aquel día me iba allá del horizonte soñándome mis venas.

INVIERNO

Los ángeles de lluvia hacen la lluvia.
Elevan la guitarra con sus cuerdas de lluvia,
y lanzan la tonada seminal del invierno.
Una cueca de pájaros se cierne inversamente.
Son pañuelos las nubes que cubren todo el cielo.
Allá arriba los ángeles chilenos bailan cueca,
sordamente extendidos, zarandeando los cielos.
Los árboles se embriagan, sin hojas musicales,
de un vino lleno de hojas allá en su savia adentro.
De raíz en raíz van creciendo, creciendo.
Y bailan una cueca primavera los árboles.

DESCIENDE, SOL, DESCIEENDE

De ponientes que engullo cotidiano,
estoy hecho de ambientes en mi vida.
Estoy hecho de luz roja y erguida,
con mi vista y mi cara, con mi mano.

¡Estoy hecho, qué hermano de mi hermano,
de mi antigua familia sumergida,
que se halla más que nadie atardecida,
más que yo mismo aún, que soy fulano!

De ponientes, paseando por la calle,
de ponientes, yo vengo de aquel valle,
y siempre estoy viniendo en este mundo

con ponientes atrás y con ponientes
desde pies a cabeza, hasta mis frentes
que surgen de un poniente más profundo.

LA ABUELA

Se puso tan mañosa al alba fría,
la cerrada de puertas, la absoluta de espaldas,
cosiéndose un pañuelo que nadie conocía.

Se bajó bien los párpados. Con infinita llave
los cerró para siempre. Unos negros marinos
vinieron a embarcarla en una negra nave.

Y la nave, de mástiles de espermas y de velas
de coronas moradas de flores, era el barco
que lleva a extraños puertos a las hondas abuelas.

No hizo caso a nadie: ni a la hija mayor,
ni a su eterno rosario: tan mañosa se puso,
tan abuela recóndita metióse en su labor.

Ni el oleaje de rostros, ni la llánteas resaca
pueden ahora atraer su nave hasta esta costa:
¡ni nadie de su extraño pañuelo ahora la saca!

EL ESTERO

Con profundos pidenes, con tu paso encendido,
estero el compañero, llévame de la mano,
por todos los rincones que brillas escondido,
que me puedo perder en la sombra lejano.

Entona todo el bosque con voz alegradora,
y que tus dientes piedras me alegren con tu risa.
Yo también crié un sauce que me conoce ahora,
y que también me empuja, rumoroso de brisa.

Después que haya pasado, tan límpido de cara
te quedarás mirándote la cara que te hendí.
He de sumirte lejos aunque te vayas para
no volver nunca más, tan dejándome a mí.

Pero tú te has perdido, y ahora no te encuentro.
Esterero el compañero, te tengo de memoria.
Si en mí mismo rebusco te camino allá dentro,
enredado en tus barbas con nidales de historia.

En fronda vena mía tú sigues tus caminos.
Vamos ambos al fin empujados de brisa,
en tu cauce de sangre, bajo sauces destinos.
De cuando en cuando escucho tu clara mía risa.

Antiguo compañero que a lo lejos te pierdes,
acordaré mis pasos a tus pies vagabundos.
Con tus ojos de agua, con tus cabellos verdes,
me marcharé por siempre contigo hacia otros mundos.

Í N D I C E

AUTORRETRATO RETROSPECTIVO HASTA BOSQUE	7
MESA DEL ALBA	9
EL CACTUS	11
MUCHACHA CONTRA-SOL	13
EL ALMUERZO	15
SEÑORIALES SEÑORAS	17
LOS PERROS DEL CREPÚSCULO	19
SALÓN	21
MOSQUERÍO	23
RETRATO DE UN VIEJO	25
LA VENTANA	27
TIERRA	29
EL CEPILLO	31
RETRATO DE UNA NIÑA	33

MURALLA POR CAERSE	35
SANDIAL	37
RITO	39
EL CAMINO	41
¡COLMADO DE COMIDA REVOLCARME EN LA HIERBA!... ..	43
LA FILA DEL REGRESO	45
DÍAS MÍOS	47
DURMIENDO JUNTO AL RÍO	49
INVIERNO	51
DESCIENDE, SOL, DESCENDE	53
LA ABUELA	55
EL ESTERO	57

A C A B Ó S E

DE IMPRIMIR EL DÍA 10

DE AGOSTO DE 1952.

CONSTA LA EDICIÓN DE

400 EJEMPLARES.

**Carmelo Soria - Impresor
Av. Larraín 6284**